

1. Marta Bonaudo señala que, en pocos años, se producen en Francia profundas transformaciones, se abren y cierran procesos que habrían de influir enormemente no sólo en la historia posterior de Francia sino en la de muchos otros países. Para dar cuenta de esos cambios es necesario establecer algunos aspectos centrales de la Francia del Antiguo Régimen. Para ello, elaborar un texto cuyo contenido pueda responder a los siguientes ítems:

- a. ¿Cuáles eran los sectores sociales y económicos en el mundo rural francés en la segunda mitad del siglo XVIII?
- b. ¿Cuáles eran los grupos sociales que interactúan en el complejo y heterogéneo mundo urbano?
- c. Identifique y precise los motivos por los cuales G. Rudé sostiene que todos los sectores estaban descontentos con la monarquía absoluta.

En primera instancia, se considera pertinente destacar que la organización sociopolítica de la Francia del *ancien régime* no responde a sus clásicas representaciones piramidales. Desde la distribución geográfica de la población hasta su rol en el sistema económico feudal (e incluso proto-capitalista si se habla de otras regiones de europa), la concepción de la sociedad como una pirámide solo es útil para entender la jerarquía política a la que cada estamento estaba sometida, más es incapaz de explicar la red de procesos que tuvieron que sucederse para producir y reproducir aquellas relaciones de poder, mucho menos de representar las transformaciones necesarias para que se produzca una revolución. Una vez aclarado ello queda la interrogante: ¿cómo estaba constituida la sociedad francesa del *ancien régime*? Según Bonaudo (1985), alrededor del 90% de la población residían en el campo, es decir, casi la totalidad de la población se dedicaba a tareas agrícolas, estaba sometida a relaciones señoriales o de servidumbre, así como a los modos de producción feudal (a pesar de que puede apreciarse la emergencia de modos de producción capitalista a fines del siglo XVIII). Sin embargo, aparece la mayor contradicción del sistema: esta notable mayoría productora es también el mayor objetivo para el cobro de impuestos y, por ende, quienes tendrán que financiar las guerras que incrementen el precio del pan al que no podrán acceder como consumidores, más que tendrán que cultivar como productores.

Entre los niveles más bajos del mundo rural, situaciones en las que se podía caer con facilidad, se encontraba una gran masa de trabajadores estacionales que se hallaban en permanente migración del campo a la ciudad. En palabras de la autora, este grupo se integraba por:

Desertores, aprendices fugitivos, sirvientes, aventureros, se volcaban a los caminos impulsados por el hambre y la epidemia y sembrando a su vez el terror. Algunos se instalaban precariamente en las proximidades de las aldeas y eran tolerados en la medida que podían ser utilizados como mano de obra marginal [...]. (Bonaudo, 1985, p. 130)

No obstante, ¿que provocó que hubiera tantos trabajadores desposeídos? Rude (1988) explica como en 1786 se proclamó entre Inglaterra y Francia el Tratado de Libre Comercio, por medio del cual se reducía la carga impositiva a los productos de importación inglesa. Ante una Inglaterra que paulatinamente iba industrializándose, no había campesinos que pudieran competir contra las nuevas máquinas, contexto que obligó a una mayor parte del campesinado a la venta de sus tierras para su supervivencia. Aquellas familias que aún conservaban una parte suficiente de estas para evitar caer en el mendigaje todavía eran susceptibles de volverse jornaleros de la industria rural para su subsistencia.

Apenas un eslabón por encima de estos grupos se encontraban los pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros, dueños de una porción suficiente de tierras para aspirar a sustentarse con su propia producción. Sin embargo, como estas tierras todavía estaban bajo las condiciones del sistema feudal, explica Bonaudo: “si el campesino permaneciera en la tierra del señor pronto se vería envuelto en una densa red de restricciones y limitaciones que lo privaban de la mayor parte de sus ingresos y que imposibilitaban su independencia económica” (1985, pp. 130-133). Entonces, en la medida que el sistema feudal impedía el desarrollo de la mayoría poblacional, de donde también provenía la mayor parte de la producción, bastaría con una crisis agrícola para que el descontento popular fuera inevitable.

Por último, los escalones más altos del mundo rural estaban constituidos por la nobleza rural, sea laica o eclesiástica, así como por un grupo que Bonaudo (1985) denomina “burguesía rural”, es decir, campesinos enriquecidos por el comercio o el saqueo colonial que invirtieron en la posesión de tierras de agricultura como símbolo de prestigio. Muy a pesar de sus riquezas, ambos grupos eran ausentistas en materia de administración, motivo por el cual las rentas que de estas propiedades podían obtener resultaban insuficientes. La nobleza, como medida ante su cada vez más acentuado empobrecimiento, “siguió aferrada a sus privilegios de clase y no vio otra salvación que no fuera la reafirmación cada vez más neta de sus privilegios” (Bonaudo, 1985, p. 133). Privilegios que no pasaron inadvertidos ante los ojos de una burguesía rural deseosa de cercar, dividir y repartir las tierras comunales para el incremento de su producción. Sin embargo, las tensiones aquí gestadas no se condensaron en

un proyecto político en contra del *ancien régime*, sino que se sumaron al programa del llamado “tercer estado” en busca de sus reivindicaciones.

El mundo urbano, por su parte, y como ya se pudo haber advertido, estaba en su mayoría integrado por campesinos que paulatinamente iban proletarizándose, carecían de calificación profesional y se desarrollaban en condiciones precarias que muchas veces orillaron al trabajo de toda la familia.

Solo un reducido sector de ese proletariado tenía una conciencia crítica de la situación: el de los que trabajaban en los oficios más calificados [...] y que desde ciertas agremiaciones, perseguidas por el Estado y la Iglesia, trataron de luchar por sus salarios y sus empleos. [...] Dependientes, oprimidos, sistemáticamente encerrados en su condición, con pocas o ninguna posibilidad de ascenso, los obreros estaban siempre expuestos, en los momentos críticos, tan frecuentes a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, a convertirse en subproletariado de ocasión, oscilando entre la mendicidad, las changas agrícolas o urbanas y la marginación. (Bonaudo, 1985, pp. 134-135)

Ante este panorama es natural que la contradicción, que el mayor sector productivo fuera tratado como poco más que animales de labranza, no tuviera más que unos pocos años más de vida hasta explotar violentamente.

Un nivel por encima de este grupo era ocupado por los artesanos y tenderos, propietarios de talleres o tiendas que se veían asediados por el cobro de impuestos o las persecuciones del Estado a sus gremios. Ante los avances en la industria, producto del desarrollo de una Revolución Industrial en Inglaterra, continuamente se veían amenazados de ser proletarizados.

Finalmente, las clases dominantes urbanas estaban constituidas por un sector noble, en su mayoría nobleza de toga con apenas dos siglos de existencia, así como por una burguesía comerciante y prestamista. El primero de estos aparece como un intento de la corona por restituir sus riquezas por medio de la venta de títulos a negociantes y financieros de alto estatus. Por consecuencia, esta nobleza no buscaba la reafirmación de sus privilegios a menos que ello le permita estimular el comercio que le había permitido acceder al poder político; valores que entraban en consonancia con una burguesía ansiosa de poder explotar al máximo la masa de proletarios que viene gestándose en las últimas décadas. No se trata solo de introducir en Francia el sistema de fábricas, sino de poder controlar a las masas suficientes como para que intentos de invasión con fines comerciales, como los sucedidos en el Virreinato del Río de la Plata, tuvieran éxito; en suma, se trata de poder domesticar al pueblo

al punto de que entreguen cuerpo y tiempo a la industria, cuerpo y tiempo que estaba en manos del *ancien régime*.

En este contexto, la sociedad francesa estaba imbuida en contradicciones, según lo explica Rude:

[...] pues tenía una monarquía que, aunque en teoría absoluta, llevaba en sí misma la simiente de su propia decadencia; una aristocracia que, si bien privilegiada y en general rica, alentaba un profundo resentimiento por el hecho de que se la había excluido largo tiempo de los cargos; una burguesía que, aun gozando de creciente prosperidad, veía negadas su jerarquía social y una participación en el gobiernos acorde con su riqueza; y campesinos que, por lo menos en parte, estaban adquiriendo más cultura e independencia, y sin embargo aún recibían el trato que se dispensa a una bestia de carga, despreciada y recargada de impuestos.

(1988, p. 18)

Entonces, en la medida que la aristocracia estaba ahora integrada por una mayoría de procedencia burguesa que buscaba favorecer el libre comercio y la propiedad; en la medida que la burguesía adquiría más poder económico de lo que su jerarquía política hubiera esperado; y en la medida que el campesinado se iba incorporando a una inminente ilustración que les brindaba conciencia como clase social, sería solo cuestión de tiempo hasta que una revolución acabaría con las trabas que todos los sectores de la sociedad francesa encontraban en el *ancien régime*. Sin embargo, advierte el autor:

[...] se necesita más que la privación económica, el descontento social y las ambiciones frustradas para hacer una revolución. Para ligar a los descontentos y las aspiraciones de las clases sociales muy diferentes tenía que existir un cuerpo unificador de ideas, un vocabulario común de esperanza y protesta, en resumen, algo semejante a una “psicología revolucionaria” común. [...] Por lo tanto, debía prepararse el terreno apelando a otros medios [distintos de los partidos políticos]: ante todo, los escritores del Iluminismo que, [...], debilitaron las defensas ideológicas del *ancien régime*. (p. 25)

Que la Revolución se haya sucedido en Francia no es solo casualidad, como si en cualquier otro territorio, con el tiempo suficiente, se hubiera desarrollado una transformación similar. El caso francés fue distinto del resto no solo por la participación de una clase media fundada en la negación de correspondencia entre su poder político y su poder económico, sino además porque esta poseía un cuerpo de ideas que permitieron que el movimiento no solo conmoviera a otros burgueses, sino también a cualquier campesino o proletario resentido con las restricciones del sistema feudal.

2. La revolución marcó un antes y un después en la conformación estatal y política de Francia, desde 1789, pasando por todo el proceso revolucionario, surgieron una serie de cambios y reformas claves en la conformación del estado moderno francés. Estos cambios reflejaron de manera diferencial los diferentes proyectos políticos que se expresaron en los años revolucionarios, por ello los autores hablan de una “revolución burguesa” y una “revolución popular”. Para entender el desarrollo del proceso en el tiempo, les solicitamos responder los siguientes puntos:

- a. ¿Cuál es el proyecto político de la burguesía y cómo se vinculan esas ideas con su situación económica, social y política en el entramado social francés?
- b. ¿Cuáles son las transformaciones en torno a la organización estatal e institucional en las distintas etapas del proceso revolucionario? (entre 1789 y 1815)
- c. ¿Por qué se analizó en clases que la burguesía pasa rápidamente de un programa revolucionario a uno conservador? ¿cómo cambia el vínculo con los otros sectores sociales y políticos durante el proceso revolucionario?
- d. ¿Cuál es el proyecto político de los sectores populares? Mostrar quiénes y cómo se organizan los sectores urbanos y cómo es su participación en los distintos momentos de la revolución. ¿Qué pasa en el mediano y en el largo plazo con este ideario popular?

El proyecto político de la burguesía empezó su difusión por medio de un escrito que después formará parte de lo que se denomina la Guerra de los Folletos. En este escrito, titulado *¿Qué es el tercer estado?*, quedan condensadas las ideas de pensadores ilustrados (como Rousseau, Montesquieu, o Voltaire) bajo el concepto de Nación. El Tercer Estado no pretende concentrar en sí la totalidad del poder, sino establecer un organismo que representara la voluntad de todos los ciudadanos del territorio francés, es decir, de la nación francesa. Según lo explica Rude:

De modo que aun no estaba reclamando que el poder fuese conferido sólo al Tercer Estado, pero insistía, con sólidos argumentos, en que si las órdenes privilegiadas rehusaban acceder a la petición del Tercer Estado de unirseles en una asamblea deliberativa común, los plebeyos, que representaban una proporción tan abrumadora de la población del país, tendrían perfecta razón – y no sólo razón, sino voluntad – de ignorar la obstrucción de una reducida minoría y asumir en sus propias manos la dirección de los asuntos nacionales. (1988, p. 64)

Meses más tarde de la difusión de su proyecto político, y en respuesta a los obstáculos que se les presentaban en la reunión de los Estados Generales, el Tercer Estado se conforma como

**Asamblea Nacional.** Como primer acto revolucionario en tanto que asamblea, en busca de desafiar la autoridad del *ancien régime*, se redacta la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (DDHC), escrito que condensa no sólo las ideas que sustentan la Revolución Burguesa, sino además deja entrever las pretensiones de su proyecto político como clase.

Primeramente, introducir la noción de ciudadano, de sujeto de derechos y obligaciones, en contraposición a la noción de súbdito, es un avance, si bien revolucionario, ante todo, estratégico, pues en la medida que todos los hombres nazcan y permanezcan libres e iguales en derechos, la burguesía no tiene obligación de dar protección a sus trabajadores como si la tenían los Señores Feudales. La inclusión de la propiedad entre los derechos naturales del hombre, según lo establece el artículo 2º de la DDHC, tampoco es una selección ingenua, sino que responde a su necesidad como comerciantes de ser dueños de sus objetos de comercio. Por su parte, el artículo 5º, que establece que “nada que no esté prohibido por la Ley puede ser impedido” permite la inserción de lo que hoy podríamos llamar una forma moderna de esclavitud: en la medida que la Ley no impida la explotación indefinida de un trabajador, ello no puede ser impedido por ningún organismo; solo se diferencia de formas previas de esclavitud cuando es el esclavo, ahora proletario, quien voluntariamente se entrega a su amo, pues de otro modo solo le queda la muerte más desamparada. Finalmente, en su artículo 11º, la posibilidad de la libertad de prensa solo reafirma lo que hasta entonces fue su primer frente de combate: la divulgación de sus ideas por medio de la palabra escrita; más incluir un modo de combate político entre las prescripciones de los derechos del ciudadano enmascara la pretensión burguesa de controlar la ideología popular por medio de literatura, dado que solo es posible la propagación de folletos cuando se posee un capital de base. En suma, el proyecto ilustrado de la burguesía es un ataque directo a los modos de vida y de producción feudales; buscar el control de la propiedad y la escritura es buscar el control de la seguridad, la justicia, la literatura, la religión y la ciencia que rigen a un pueblo entero. Mejor expresado se encuentra en la descripción hecha por Marx:

Dondequiera que se instauró echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas.[...] La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia. (sf, p. 25)

Sin embargo, a pesar de que la burguesía conforma una fuerte potencia revolucionaria, una vez que la Asamblea que está lideraba fue aceptada por la corona y pasa a constituir el mayor órgano de gobierno, rápidamente se modera para asegurar los objetivos de su proyecto político, pues el progreso de la Revolución era una amenaza para el sistema legal que les beneficiaba. La burguesía, entonces, se divide entre girondinos y jacobinos, entre moderados pertenecientes a una gran burguesía comercial y revolucionarios integrados por médicos, abogados, artesanos y tenderos.

El proyecto de Revolución Popular, que se fue gestando en forma escrita por medio de la divulgación de libros de quejas, en sus raíces representa un opositor al proyecto político de la burguesía. Como lo explica Rude:

[...] los *cahiers* parroquiales reflejaban tanto los lazos comunes de intereses que vinculan a todos los miembros de la comunidad campesina en contraposición al recaudador de impuestos real, el beneficiario de los diezmos y el terrateniente, como las posteriores divisiones en el seno de la propia comunidad, que separaban al pequeño consumidor del gran productor, y al trabajador sin tierra y el mediero del arrendatario y el *laboureur* acomodado. (1988, p. 85)

Entonces, el proyecto político de los campesinos no solo busca la abolición de los impuestos feudales, sino también, en esencia, de los modos de propiedad de la tierra que estaba asegurando la burguesía. El nuevo sistema que se había gestado le estaba dando la espalda a la gran masa poblacional que los había apoyado y en quien, según los discursos difundidos, se fundaba la Revolución. Sería cuestión de tiempo para que estas masas populares continuarán lo que los girondinos habían detenido.

Posterior a la asunción de los jacobinos al poder producto de la presión popular, empiezan a desarrollarse los *sans-culottes* como grupo tras su aprendizaje político en las revueltas parisienses. Según Bonaudo:

Los *sans-culottes* parisienses no constituyeron una clase social. Se hace referencia a ellos como hombres ligados entre sí por una cierta posición común en el proceso económico y por intereses ideológicos semejantes. [...] No tenía conciencia de clase en el sentido que iba a tener este término posteriormente, pero sí tenía conciencia clara de las desigualdades sociales. (1985, p. 147)

Se trataba de comerciantes y tenderos, en su mayoría consumidores antes que productores, que buscaban la defensa de su pequeña propiedad ante el temor de ser proletarizados por el capitalismo francés emergente. Es a partir de esta posición que defendían la concepción de una soberanía que emana del pueblo de modo inalienable y que, por ello, solo a partir de esta soberanía, sea de modo directo o por representantes, era posible la ratificación de leyes que

versaban sobre el pueblo. A pesar de que nunca tuvieron un proyecto político que los conforman como clase, su participación en movimientos de corte popular, con tendencias hacia un futuro comunismo, era indiscutible. El movimiento *sans-culottes* cayó junto con la captura y/o muerte de sus exponentes y el retorno de la burguesía girondina al poder, pero sus ideales ya se habían esparcido como un germen por la sociedad.